

INTRODUCCIÓN A LA LENGUA DE EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES *

Para tentar un punto de partida, no cabe duda de que la lengua del *Lazarillo* es una lengua con raíces bien adentradas en su siglo. Quiero decir, en relación con sus caracteres generales.

En primer término, sin embargo, cabría decir que la lengua de Carrió es rica y variada, y con variedad hasta sorprendente. De tal manera que, si por un lado la conectamos con particularidades que tiene —y gana— la prosa de su siglo, corresponde de inmediato la aclaración de que algunos aspectos de la lengua del *Lazarillo* entran en una corriente que tiene origen más lejano. En forma concreta, me refiero a un importante autor de la Edad de Oro: Quevedo.

Es natural que la influencia de Quevedo, al avanzar el tiempo, se debilite. Con todo, su irradiación se percibe durante muchos años. Más firme en el siglo xvii, menos marcada en el xviii. Y aún dentro de este siglo —otros factores aparte— es visible la diferencia que va —valga el ejemplo— de un Torres Villarroel a Carrió. Pero más que las diferencias, interesa señalar —creo— el aire de familia.

Como en Torres Villarroel, encontramos en Carrió cierto regusto por barroquismos expresivos y la afición por la agudeza. Hay otro hecho que también los acerca, y es la admiración que los dos hombres sintieron por Quevedo. Admiración que —bien sabemos— no se reduce a simples palabras, puesto que ambos procuraron emularlo.

De nuevo aclaro que no pretendo establecer una comparación muy ceñida. Y no tengo en cuenta aquí —como procuro demostrar— que en Carrió hay posiblemente, también, algo de Torres Villarroel. El autor de las *Visiones y visitas*, escritor fecundo, está mucho más cerca —y en múltiples aspectos— de Quevedo. Carrió no lo está tanto, aparte de que ya en él las formas barrocas (jue-

* Esta breve introducción procura destacar la riqueza de la lengua de una importante obra del siglo xviii. Y se liga, claro, al estudio de otros aspectos de la obra que he realizado. Aclaro que el texto original del *Lazarillo de ciegos caminantes* está dividido en dos amplias partes y un igualmente amplio apéndice. La referencia a capítulos se vincula a la edición que publiqué (Ed. Labor, Barcelona, 1973).

gos, alardes) aparecen mucho más diluidas. De todos modos, buscando en el siglo nombres que pueden aproximarse, creo que no resulta descaminado pensar, a propósito de Carrió, en el famoso Torres, el de las rarezas y los pronósticos. No olvidemos, por último, que una de las direcciones fundamentales que tuvo la prédica literaria ("oficial" y no oficial) durante el siglo XVIII fue el ataque a barroquismos que aún sobrevivían. Todavía a comienzos del siglo, con algún vigor; mucho menos, en su segunda mitad.

En todo caso, el hecho de que Carrió escriba en América le da mayor libertad (recordemos la más larga vida de formas barrocas en estas regiones). En fin, quiero repetir que no hago de Carrió un autor barroco, aunque señale barroquismos expresivos en él.

Atendiendo a los caracteres más comunes, es de sobra conocido que el siglo XVIII se particularizó, sobre todo, por el desarrollo de la prosa. Especialmente, por la prosa vinculada a la crítica o, mejor, a lo que hoy llamamos ensayo. Consecuencia directa de intereses y preocupaciones de la época, de su espíritu de revisión, de sus ansias de conocimiento y de difusión de cultura.¹

Sin ir más lejos, *El Lazarillo de ciegos caminantes* es obra que, por su factura, aparece bien apoyada en su tiempo. Naturalmente, la literatura de "viajes", aun con el perfil que identifica al *Lazarillo*, no nace con él. Lo que quiero significar es que el siglo XVIII, por los factores citados, multiplica este tipo de obra. (Algo de esto he señalado en otro lugar). En fin, que la individualidad del *Lazarillo* no se apoya en el tema general, sino en otros aspectos.

De ahí también que, en sus rasgos más externos, la prosa de la obra siga la pauta sintáctica más común en el siglo XVIII: frase amplia (amplia, pero no hinchada); con abundancia acorde a la intención que, en lo fundamental, el autor persigue; proliferación de elementos explicativos; desarrollo lógico, racional; claridad.²

¹ Sobre la lengua en el siglo XVIII, cf. FERNANDO LÁZARO, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid, 1949; RAFAEL LAPESA, *Historia de la lengua española*, 6a. ed., Madrid, 1966, 269-276; AMADO ALONSO, *Castellano, español, idioma nacional*, Buenos Aires, 1938; AMÉRICO CASTRO, "Algunos aspectos del siglo XVIII", en *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, 1924; ANTONIO RUBIO, *La crítica del galicismo en España (1726-1832)*, México, 1937; MARTÍN ALONSO, *Evolución sintáctica del español*, Madrid, 1964.

² A la claridad en la lengua, como "el principio fundamental del siglo",

Por supuesto que, a través de esto último, no puede defenderse en Carrió una relación con Quevedo o con ciertos barroquismos. Con todo, se advierte fácilmente que, dentro de las partes que notamos en el *Lazarillo*, lo que corresponde a la lengua de su siglo lo vemos en la parte descriptiva y expositiva. Y la que subraya conexiones barrocas suele aparecer en los juegos verbales, los comentarios satíricos, los chistes, etc. En la medida en que podemos distinguir separadamente estos dos sectores notamos que el último, como parte más "literaria", es el que ofrece los rasgos más o menos quevedistas.

De sobra se ve que no hago de Carrió un escritor o cultor del conceptismo. Lo que quiero destacar es que las proximidades entre Carrió y Quevedo se centran, especialmente, en motivos ingeniosos y ocurrencias chispeantes. A veces, es la proximidad de la cita de Quevedo lo que determina la correspondiente imitación y emulación. Pero en otras ocasiones, Carrió también lo remeda, aunque ya no cite a su admirado modelo. Por último, quizás no convenga establecer diferencias demasiado tajantes en determinadas líneas espirituales. El escritor del siglo XVIII, a pesar de sus preocupaciones culturales e iluministas, también sabía reír. Y no desdeñaba valiosos modelos: nuestro caso lo prueba, y no es, por supuesto, el único..

Una característica llamativa en Carrió es la abundancia de refranes y, sobre todo, el aprovechamiento de los refranes como elemento de fecundación lingüística (en procedimiento que nos recuerda algo lo que notábamos en *El Lazarillo de Tormes*).³ El autor parte de un refrán y establece, sobre él, variantes o desarrollo. De la misma manera —y esto ocurre, en ocasiones, con apoyo en Quevedo— da acuñación de refranes a lo que originalmente no lo era. No está de más recordar que si, en la época, algunos atacan a los refranes como productos populares, otros —como Capmany— destacan la importancia que han tenido —y siguen teniendo— en la lengua española.⁴

Con respecto a los popularismos en general, la lengua de Carrió queda fuera de las limitaciones académicas. Carrió no escribe una oda ni una tragedia ni una epopeya. Carrió escribe

se refiere FERNANDO LÁZARO en su valioso libro sobre *Las ideas lingüísticas en España*, p. 254.

³ Cf. mi estudio "Cuatro notas sobre el *Lazarillo de Tormes*", *Revista de Filología Española*, XLIII (1960), pp. 97-116.

⁴ Cf. F. LÁZARO, *Las ideas lingüísticas*, p. 210. No olvidemos que Mayáns publicó, en sus *Orígenes de la lengua*, el *Díálogo* de Juan de Valdés, si bien lo publicó como anónimo.

en América, y su lengua corresponde a un libro de viajes. Por lo tanto, con una libertad que sobrepasa determinados rigores. En esta dirección, podemos ir aún más lejos y sorprender en nuestro autor algún raro vocablo de la lengua de germanía o algún gitanismo (cf. *tiroteo* = *chamusquina*) que le llegan, sin duda, a través de productos literarios. En lugar especial, los abundantes indigenismos.

Otra particularidad del *Lazarillo*, acorde con la importancia que tienen en la obra el itinerario, la sociedad, los oficios, el comercio, las industrias (cf. caminos, correos, postas, carretas, mulas, minas, etc.), aparece en su vocabulario técnico nutrido. No es algo que se acumule en forma extraordinaria, si bien tiene presencia indudable. Y por el hecho de referirse a cosas de América, son también notorios los americanismos.

Como ya se ha señalado varias veces, la ausencia de un vocabulario científico fue falta que España sufrió durante varios siglos, a partir del Renacimiento. Y determinó el evidente desnivel de una rica lengua literaria, por un lado, y de una pobre lengua científica, por otro.⁵ El *Diccionario de Autoridades* (Madrid, 1726-1739) es, en el siglo XVIII, buen testimonio de lo que digo. Ya tuve ocasión de ver esto en mis notas a *El lazarrillo de ciegos caminantes*.

Por los años en que Carrió escribe su itinerario, en España Rodríguez Campomanes propone, en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (1775), la formación de sociedades económicas provinciales, en las que cada uno de los miembros debe encargarse de recoger vocabularios especiales de cada oficio, en vista a un ulterior *Diccionario de artes y oficios*. Esta tarea fue, sobre todo, realizada por el jesuita P. Esteban de Terreros y Pando, aunque su importante búsqueda no fue incorporada al diccionario oficial.⁶

Pues bien, sin dar una excesiva importancia a Carrió, es justo decir que en su obra encontramos un rico léxico vinculado a diferentes oficios, aprendizajes, prácticas de la tierra, etc. Con la particularidad de que muchas veces, también, el ámbito geográfico y la sociedad a la que se ligan confieren especial sentido local a tales léxicos. Pero basta conocer lo que Carrió dice sobre el trabajo en las minas, sobre la cría de mulas, sobre la construc-

⁵ Cf. K. VOSSLER, *Introducción a la literatura española del Siglo de Oro*, Buenos Aires, 1945, p. 75; R. LAPESA, *Historia de la lengua española*, pp. 286-287.

⁶ Cf. F. LÁZARO, *Las ideas lingüísticas*, pp. 277-278.

ción y partes de las carretas, sobre las prácticas agrícolas, sobre diversas industrias, para darse cuenta de la importancia de un caudal que en muchas ocasiones buscaremos en vano en el *Diccionario de Autoridades* y en otros repertorios de la época y aun posteriores. Y aunque esto nos lleve lejos de los valores fundamentales del libro (sobre todo, como repercusión literaria) es conveniente agregar que Carrió sabe describir con lúcida justeza los más diversos aspectos vinculados a estas cuestiones.

Como ya he anticipado, los ámbitos que describe Carrió en su itinerario lo obligan a un uso apreciable de vocablos indígenas. Fundamentalmente, de voces quechuas, que tienen dentro de la obra valor especial. Menos nutridos, vocablos de la lengua náhuatl, que resaltan hacia el final del libro, cuando Carrió establece el cotejo entre México y el Perú, y que una vez más relacionamos con la permanencia de Carrió en el norte del Continente. Mucho menos, utiliza vocablos guaraníes y aymaraes. Como es fácil adivinar, en buena medida los vocablos indígenas están ligados —como he dicho— a los lugares y temas que Carrió hace desfilar por su obra.

En otro sector, destacado, muestra Carrió su afición al uso de vocablos y frases latinos. En algunos casos, se trata de citas clásicas (de Virgilio y Ovidio, con o sin referencia al autor). En otros, de frases circunstanciales. En todos los casos, es patente el deseo de Carrió de mostrar sus conocimientos, aparte de que este repertorio suele estar casi siempre relacionado con la sátira o con episodios risueños del relato.

En más de una ocasión, las citas clásicas tienen por objeto establecer variantes intencionadas sobre ellas. Por ejemplo, hacia el final de la obra, Carrió cita:

Conticquere omnes, intentique ora tenerunt.

(Apéndice III)

Se trata de un verso de Virgilio (*Encida*, II, 1). Pero Virgilio escribió *tenebant*, y no *tenerunt*.

Más importancia tiene, por lo que significa en la obra, la frase *Canendo et ludendo refero vera* (al final: *Canendo et ludendo retuli vera*). Esta frase —como digo— abre el primer capítulo y cierra el libro. Quizás Carrió parte de una cita literaria (¿Horacio?, ¿Ovidio?). Quizás sea frase acuñada por Carrió cerca de algún modelo, pero no puedo precisarlo.

Es explicable que los "latines" de Carrió respondan a inten-

ciones literarias. Mayor diversidad tienen, en cambio, los vocablos indígenas, así como los que corresponden a lenguas modernas: francés, en primer término; en menor abundancia, inglés, italiano, portugués. En su conjunto, unos se justifican por el ámbito de la obra, por las cosas que mencionan; otros, por confrontaciones culturales, tradición o influencia.

Conviene establecer un lugar aparte para los galicismos, que Carrió suele usar, muchas veces, en forma intencionada. Cuesta —en el siglo xviii— permanecer al margen de lo que significa la cultura francesa. El fenómeno es evidente en España y fuera de España.⁷ Y no nos asombra ver que, entre las lecturas de Carrió, tiene cierto peso lo que viene de Francia.

Ahora bien, en él, como en otros españoles de la época, suele darse este doble perfil: por un lado, la influencia, visible en los galicismos que usa a lo largo de su obra: *cotones*, *menaje*, *andrieles*, *petimetre*, *taburetito*, *glacé*, *calesas*... Galicismos que, en su mayor parte, son la consecuencia de nuevos objetos, usos, etc., y que no siempre es posible evitar.

Por otro lado, vemos en Carrió ejemplos de remedo. Como cuando informa que el francés Juan Boyzar aceptó una maestría de postas, "bajo de las mismas condiciones que los demás tucumanes" (capítulo viii). Si bien ya aquí asoma un acento burlón, la sátira de Carrió se manifiesta con mayor libertad cuando utiliza los galicismos con sorna, para subrayar aspectos que combate, cosas negativas, o, simplemente, la defensa de lo español frente al predominio o ataque de lo francés. Esto resalta cuando usa voces como *clarivoyante*, *cabaret*, *grillada*, *ambigü*, *brochura*, *Monsieur*... Uno de los mejores testimonios de esta intención aparece en el cap. xvii, cuando escribe dos veces, cercanamente, la palabra *monsiures* (en vez del vocable correcto). Claramente se advierte la intención de Carrió, sobre el posible modelo de Quevedo, de burlarse de algún afrancesado español (o americano). Quizá de algún escrito de Pando, aunque esto no puedo probarlo.

La situación de Carrió, que escribe en América, encuentra cierta equivalencia con la de escritores destacados del siglo (Feijoo, Jovellanos) que, por un lado, defienden la lengua de la abundante introducción de galicismos, y, por otro, revelan en su lengua propia la presencia de galicismos.⁸

⁷ Sobre la lengua francesa y su difusión en España durante el siglo xviii, véase, sobre todo, el libro de A. RUBIO, *La crítica del galicismo en España*. Cf. también los libros de F. Lázaro, R. Lapesa y M. Alonso, ya citados.

⁸ Cf., también, antes de Carrió, con obras del P. Feijoo, sobre todo su

En síntesis, si bien nuestro autor combate los galicismos (destaquemos, aquí, esta posición), verdad es que no podemos considerarlo ni un purista ni un casticista.⁹ Reacciona contra el galicismo innecesario y contra los que —por desconocimiento o moda— deforman la lengua española. Su arma principal es —lo vemos— la sátira, el remedo. En otro plano, los galicismos de Carrió descubren sus lecturas o bien una aceptable justificación. En todos los casos, sin acumularse, y sin desvirtuar una lengua rica, "española" (y, al mismo tiempo, "americana").

En lugar mucho menos visible encontramos en la prosa de Carrió vocablos italianos, portugueses e ingleses. Particularmente italianos, pero —como digo— muy lejos de lo que le preocupan, con los sectores señalados, los galicismos. En todo caso, es dable rastrear también en los italianismos los dos aspectos: por un lado, el nombre intencionado, para mostrar una influencia o un remedo (como cuando utiliza voces como *camorra* y *vitela*). Por otro lado, voces que no muestran otras resonancias, salvo un deseo de precisión o, simplemente, un uso común (como cuando usa *partenza*, *menestras* y *testa*).

Como vemos, la lengua de *El lazarrillo de ciegos caminantes* revela una notoria variedad. Por descontado, no se trata de un mosaico ni mucho menos, ya que prevalece claramente un perfil. Lo que cabe agregar es que, por lo común, la variedad se justifica por las causas apuntadas: lugares, personajes, situaciones...

El *Lazarillo* de Carrió no es un total tratado —aunque tenga elementos, no de uno, sino de varios—, ni es un total juego o comentario ingenioso —aunque esto tenga indudable peso en la obra. *El lazarrillo de ciegos caminantes* es una cosa y otra, y otras cosas más.

Dentro de su estructura, los valores que se vinculan concretamente a la lengua tienen —lo vemos— especial relieve. La sentimos, según he dicho, como una lengua rica. Pero es el "español" de un hombre del siglo XVIII, escrito en América, ávido de novedades y no encerrado en limitados nacionalismos.

Resumen

Como una característica fundamental de la lengua de Carrió, en *El lazarrillo de ciegos caminantes* podemos señalar la alteración de las lenguas española y francesa (en el *Teatro crítico universal*, I, Madrid, 1737). Por la época de Carrió, con obras de Jovellanos (*Lecciones de retórica*) y Capmany (*Discurso sobre la formación de la lengua*, de 1776).

⁹ Véase, sobre estos aspectos de la lengua del siglo XVIII, A. ALONSO, *Castellano, español, idioma nacional*, pp. 121-123.

nancia —no total, pero visible— entre la parte descriptiva, discursiva o de conocimientos, como una cara, y la parte de comentarios más personales o de alusiones risueñas o satíricas, como otra.

En la primera, prevalece notoriamente lo que corresponde a los rasgos típicos del siglo XVIII: frase amplia, ordenada, con abundancia de elementos explicativos. Reflejo de un desarrollo racional, de claridad expositiva.

En la segunda —que es la que con más frecuencia muestra citas y remedos "literarios"—, Carrió llega a teñir su prosa con ciertos destellos de barroquismo. Nunca pronunciado. Nunca acumulado. En todo caso, es el juego, el afán del alarde ingenioso. Y, como he dicho, el modelo por excelencia es, aquí, Quevedo. Aparte de la animación que esto supone, tiene también valor para compensar llanezas y hasta arideces de la parte dedicada a la "enseñanza": prosa discursiva, aunque no engolada. Era, por otra parte, tributo que Carrió no podía evitar en sus datos y pormenores.

En otra perspectiva, Carrió es hombre de manga ancha para introducir vocablos ajenos al español. De ahí, el uso de vocablos indígenas —quechua y náhuatl, sobre todo—, de galicismos —intencionados, los más— y, mucho menos, de italianismos y anglicismos.

Tales introducciones corresponden al sector especial del léxico, y no significan deformaciones en el español de Carrió. Como he dicho, su lengua corresponde a una buena prosa del siglo XVIII. Buena prosa española, donde lo que escapa a las formas castizas responde fundamentalmente a una elaboración consciente del autor. Las más de las veces, incluidos como vocablos extranjeros, y no como léxico que pretenda ser "español".

El extendido ámbito geográfico que desfila por las páginas de *El lazarillo de ciegos caminantes* (ámbito que Carrió describe, si no con total identificación, tampoco con rechazo) le permite al autor una libertad expresiva que no concebimos mayormente en los escritores contemporáneos de España.

Por supuesto, no se trata sólo de temas vinculados a un itinerario de viaje. Lo fundamental está dado por la concepción de un escritor que sabe aprovechar incitaciones del ambiente, que comprende que sólo con libertad puede reflejar un mundo tan vasto y, en muchos aspectos, tan distinto al de Europa. En fin, que obtiene en beneficio novedades expresivas de importancia.

EMILIO CARILLA

Tucumán, Argentina.